

La bibliotecaria

Suspense



Ileana Fernández

La bibliotecaria

Ileana Fernández

©Ileana Fernández, 2019

PRÓLOGO

Posiblemente “La bibliotecaria” no se corresponda con el formato tradicional del género policiaco, porque, aunque juega con el lector, su mayor enfoque está en destacar el error que cometen las personas al limitarse a ver solo lo que la vida pone ante nuestros ojos e ignorar los continuos mensajes que el subconsciente trata de enviarnos continuamente.

Desde luego que no es prudente extender más la explicación, ya que, tratándose de un género tan peculiar, una palabra demás podría estropear el relato que espero que disfruten.

La autora

Dedicatoria:

A todas las personas que aman la lectura.

A mis padres por inculcarme ese hábito y aun sin poder, me compraban libros y me llevaban a la Biblioteca Nacional cada semana, sin importar que tuvieran tareas pendientes.

ÍNDICE

DÍA 1

DÍA 2

DÍA 3

EPÍLOGO

DÍA 1

La señora Carmen Iznaga escuchó un disparo y sin necesidad de sacar muchas cuentas, supo con exactitud de dónde provenía.

Tantos años trabajando en la misma biblioteca la habían familiarizado de tal modo con su entorno, que era capaz de percatarse de cualquier suceso inusual por muy imperceptible que este fuera. Así que... ¡Cómo no iba a identificar algo que nunca había ocurrido desde que comenzó a trabajar en la biblioteca, hacía ya 25 años!

Acto seguido, llamó a la policía y les dio la dirección exacta: el segundo piso del edificio que, aunque formaba parte de la biblioteca, funcionaba como apartamento en el que vivían los Mejías hacía más de 20 años.

Impulsada por la aterradora novedad, la impetuosa mujer subió las escaleras llegando a la puerta del apartamento tres minutos antes de que lo hiciera la policía.

El apartamento estaba abierto de par en par. Sobre una silla yacía el cadáver de Lourdes y, a su lado, el enmudecido doctor Mejías, su esposo, con la pistola en la mano todavía.

Según los informes preliminares la bala había penetrado por la parte lateral del hombro derecho.

Ante circunstancias tan claras, lo único que había que esperar era por un experto forense para que confeccionara los informes de rigor.

Viendo que este trámite podría tomar más de una hora, Carmen decidió volver a su trabajo. Por una parte, para controlar la falta de aire que el fuerte olor de la habitación le había producido y, por la otra, la necesidad de contarle a Aurelio la hazaña de haber sido tan precisa y oportuna que permitió capturar al homicida con las manos en la masa, pero el jefe de la policía la detuvo, ya que ella era la única testigo y debía contestar algunas preguntas:

—No se preocupe, el interrogatorio será breve y rutinario. Es solo firmar el informe de la hora y lugar de la tragedia, el tiempo transcurrido entre el disparo y la llegada de las autoridades y cualquier otro detalle que ayude al esclarecimiento de los hechos. Usted sabe que la estación de policía está a

menos de 12 minutos. Nos ofrecemos para llevarla en uno de nuestros automóviles y, si lo necesita, la traeremos de regreso.

El cuerpo policial de Pueblo Nuevo estaba conformado por ciudadanos residentes en el propio pueblo. Eran amables con la población, la cual nunca le daba problemas. Era lo que se llama una comunidad autodisciplinada. Los conflictos más graves que se habían producido allí habían sido alguna discusión entre vecinos por motivos irrelevantes.

Carmen empezaba a arrepentirse de haber actuado por impulso, pero debía obedecer la petición de las autoridades.

Una de las virtudes que más se destacaba en esta señora de 49 años, era que cuando explicaba algo lo hacía de manera concisa pero íntegra. Trataba de adelantarse a cualquier potencial duda de su interlocutor, fuese quien fuese. Esto lo había adquirido a fuerza de tratar con todas las personas que visitaban la biblioteca y la necesidad de optimizar el tiempo. El jefe de la policía agradeció infinitamente esta cualidad comunicativa:

—He trabajado en la biblioteca durante casi veinticinco años y, durante todo ese tiempo, he aprendido a notar cualquier movimiento inusual, al menos durante las horas de trabajo.

Respecto al terrible hecho de hoy, no es mucho lo que puedo decir porque la discreción es un elemento esencial en las relaciones de respeto entre vecinos. Lo único que sé es que la señora Lourdes estaba en proceso de divorcio y había iniciado una nueva relación con un hombre muy buen mozo, aunque no es tan joven que digamos.

Esto lo digo de oídas, porque a él no lo he visto en persona porque la visita por la noche, o sea, cuando ya yo terminé mi jornada laboral. En lo personal, me atrevo a asegurar que ella estaba muy satisfecha con él y me baso en que había dejado de ser una mujer taciturna y apagada para convertirse en una Lourdes rejuvenecida, alegre y rozagante. Como si de pronto hubiera comenzado a renacer. También sé que este hombre la llena de regalos porque he visto en el tanque de basura que está en el costado de la biblioteca, dos o tres ramos de rosas marchitas, a veces hasta frescas todavía, así como estuches de regalos y este tipo de cosas, pero jamás he hecho preguntas de su vida privada. Del doctor, puedo decir que era una excelente persona y que me

niego a creer que haya asesinado a su ex esposa ¿Algo más?

—Por ahora, no. Muchas gracias por su colaboración —respondió el comisario realmente satisfecho con la información aportada por la bibliotecaria.

El timbre del teléfono sonó y el joven funcionario le hizo una seña con la mano para que lo dejase a solas. Fue un gesto descortés, pero ella hizo una rápida reverencia, lo aceptó y se marchó.

No quiso que la policía la llevara de regreso porque uno de sus pasatiempos favoritos era caminar por su, hasta ese día, tranquila ciudad.

Un agente le comunicó al comisario:

—Jefe, ya tenemos listo el informe preliminar con todos los datos, excepto la declaración de sospechoso, debido a que se encuentra en un estado de shock que le impide pronunciar una sílaba.

—Esta reacción es muy frecuente en personas que cometen este tipo de monstruosidad. Hay que reforzar la vigilancia porque el individuo podría atentar contra sí mismo. Debe ser mantenido en custodia con toda la atención que requiere una situación de alto riesgo.

Cuando Carmen regresó a la biblioteca, ya los pocos curiosos que se habían acercado al lugar se habían dispersado. La calle Retiro se caracterizaba por estar formada de pequeños negocios e instalaciones administrativas, por lo que no había muchos vecinos para curiosear.

Pueblo Nuevo contaba con cuatro autos de patrulla, pero con tan bajo índice de criminalidad, era frecuente verlos en la puerta de un establecimiento sin que eso significara una irregularidad del orden.

En su interior Carmen también sentía un ligero orgullo porque era la única persona a la que la policía había llamado a declarar, por lo que iba a toda prisa a buscar a Aurelio, el portero de la biblioteca y a quien consideraba su mejor amigo para comentarle los detalles de su entrevista con el comisario, pero para su sorpresa, Aurelio no se mostró entusiasmado con lo que Carmen le estaba contando, más bien, parecía contrariado y usaba un tono que la bibliotecaria jamás había escuchado en boca de Aurelio, quien siempre medía y seleccionaba sus palabras, en aras de no lastimar a sus semejantes.

—¡Fue una imprudencia tuya involucrarte en la investigación de un hecho

tan espantoso! Además, ¿Cómo quieres que muestre entusiasmo si se trata de dos vecinos a los que conocemos hace muchísimos años? ¡Esto es una tragedia, una horrorosa tragedia! —decía con un tono histérico que a Carmen le parecía exagerado. Luego le advirtió con un inusual tono rotundo—: ¡No vayas a mencionar mi nombre a la policía! Si lo haces, puedes dar nuestra amistad por terminada.

A Carmen no le agradó mucho la amenaza de su amigo. Era cierto que existía una amistad entre ellos y el matrimonio Mejías que databa de más de dos décadas, pero ella nunca haría condicionado su amistad con Aurelio por nada ni por nadie, y optó por ignorar sus palabras, más bien fue autocrítica y reconoció que era cierto lo de la insensibilidad ante la desgracia de un matrimonio con el que mantenía una relación muy cercana, casi familiar, porque aunque no conversaban todo el tiempo, colaboraban mutuamente en cualquier situación que fuera necesaria, por ejemplo, en ocasiones el cartero les pedía a Carmen o a Aurelio que le entregaran la correspondencia a los Mejías para evitar subir las escaleras. De igual forma, Lourdes compartía algún que otro delicioso postre con sus vecinos.

Blas, el propietario del edificio y conocido filántropo estaba materializando el proyecto de convertir el piso superior de la biblioteca en un consultorio médico y ya las labores de remodelación estaban casi listas. Era lo único que faltaba en Pueblo Nuevo para que sus habitantes no tuvieran que trasladarse al Cerro, ciudad aledaña, para recibir atención médica primaria y de urgencia.

Lourdes había trabajado en la biblioteca por un tiempo, pero el polvillo que acumulan los libros y revistas le causaban alergia. Recordando estos detalles, Carmen sintió tristeza.

Al cabo de un rato, un poco avergonzada de su propia actitud se acercó a Aurelio en tono conciliador:

—Aurelio, por favor, si conoces algún dato relevante que esté vinculado con la tragedia de los Mejías, puedes confiármelo. Soy tu amiga y no quisiera cometer una imprudencia que te perjudique. Si no sé lo que me ocultas podría cometer una indiscreción y decir al comisario lo que no debo. Ten en cuenta de que él me ha elegido a mí para responder las preguntas en nombre de la

vecindad.

—¡No estoy ocultando nada!

Su rostro se enrojeció. Carmen hizo un gesto con la cabeza y lo miró directamente a los ojos. Con este gesto él supo que ella no le había creído nada y concluyó que la única vía para deshacerse de las preguntas de la mujer era diciendo la verdad:

—Está bien. Te contaré, pero no se lo puedes decir a nadie.

Se sentó junto a ella, miró hacia los lados y comenzó a susurrar:

—Yo vi cuando el doctor bajó corriendo, estaba muy furioso y alterado, arrojó al césped el oso que el hombre que visitó a Gisela le había regalado anoche, fue a su auto, sacó la pistola de la guantera y volvió a subir las escaleras tan rápido como las había bajado. Menos de un minuto después, sonó el disparo y lo demás, ya lo sabes.

—Creo que debiste haber llamado a la policía en ese mismo momento.

—Sí, tienes razón, pero te juro por Dios que nunca pensé que el doctor fuera capaz de hacer algo semejante. Me quedé sin reacción, él era un bólido.

Sus ojos se le llenaron de lágrimas y sus manos temblaban sin que él pudiera evitarlo. Esta reacción era comprensible porque Aurelio era un hombre timorato.

—Me aterra que la policía piense que yo fui cómplice del doctor. No quiero que ellos sepan esto.

Aurelio era un hombre que no llegaba a los 40 años, pero su considerable peso corporal lo hacía lucir mucho mayor. Sus movimientos eran torpes y lentos, pero esto lo recompensaba con su carácter noble.

Era del tipo de persona que evita el más mínimo problema a cualquier precio, diríase que era un pusilánime. Era un soltero que había tenido una infancia muy desdichada, porque su madre se había casado por segunda vez y su hermano solía maltratarlo y hacer burla continua de su gordura.

Como este comportamiento cruel era consentido por su padrastro y por su propia madre, un día, con solo 14 años, renunció a su familia y, se aventuró a vivir en Pueblo Nuevo, lejos de todos los abusos y maltratos familiares. Nunca pensó en superarse académicamente, le bastaba con ser bien tratado y acogido por su nueva comunidad.

Tal vez esta era la razón por la que este acontecimiento lo había golpeado visiblemente, diríase que le había fragmentado su mapa emocional.

El matrimonio de los Mejías habían tratado a Aurelio como a un hijo desde su llegada, a pesar de que la diferencia de edad no era suficiente para ser sus padres biológicos. Ambos Mejías tenían entre 44 y 46 años aproximadamente.

Su función oficial era la de portero de la biblioteca, por lo que en sus ratos libres no podía hacer otra cosa que leer. Esto, sumado a las charlas con Gisela lo habían dotado de un extenso y rico vocabulario, sabía expresarse, aunque no era de mucho conversar con extraños.

Aurelio vivía en la misma biblioteca, en una habitación que quedaba al final del pasillo y pasando el patio. Como había llegado a este sitio siendo un niño, Blas le dio albergue en su propiedad y cuando arribó a la edad laboral, comenzó a ocuparse de la puerta y como custodio al mismo tiempo. Pero siendo una comunidad tan tranquila, le sobraba tiempo hasta para hacer la limpieza. Este trato con el dueño beneficiaba a ambos porque mientras uno tenía alojamiento gratis, electricidad y agua gratis, el otro le pagaba en efectivo solo por la limpieza. Este salario le alcanzaba ampliamente para darse gusto en las cafeterías o restaurantes de la ciudad.

Justificaba su débil carácter con aquello de que “cada quien es responsable de sus actos” y por eso su vieja amiga creyó en su explicación.

—Bueno, Aurelio, siendo como eres, sería absurdo que alguien que te conozca bien, te pida más —dijo en señal de comprensión.

Quedó pensando en que, si Aurelio había sido cómplice de Germán y ella, a su vez, sabía este dato y lo callaba, se convertía en encubridora del cómplice. ¿O estaba siendo un poco paranoica?

Como era temprano todavía, la bibliotecaria pensó que sería buena idea regresar a la comisaría y así investigar si se había establecido algún nexo con su amigo, de lo contrario, él no estaría tranquilo y el cariño que ella le profesaba era sincero.

Al salir de la biblioteca con rumbo a la comisaría sintió un olor muy penetrante y el olfato la llevó al oso de peluche que había arrojado el enojado doctor en el pequeño jardín que adornaba la entrada del edificio. Miró hacía

todos lados y, al ver que nadie la miraba, lo recogió, entró para guardarlo y volvió a salir. Era bibliotecaria de profesión y conocía muy bien la historia de Pueblo Nuevo, tenía un enorme sentido de pertenencia y opinaba que una biblioteca local que se respete, debería tener registro de cada hecho importante acaecido en el lugar.

Coleccionaría la mayor cantidad de objetos posibles que estuvieran relacionados con este trágico suceso.

La comisaría distaba a dos kilómetros de la biblioteca y, por lo tanto, a Carmen no le costaba trabajo ir a pie. A veces ocurría que alguien, con las mejores intenciones, se ofrecía para llevarla en su auto o hasta el mismo chofer del bus lo detenía a su lado, estropeándole su feliz caminata. Esto la contrariaba, pero ella nunca se negaba, por gratitud y por educación. Para evitarlo, solía usar las entrecalles, pero en esta ocasión tenía prisa y fue directo por la avenida.

Por suerte para ella, hoy nadie se brindó a llevarla.

Cuando el comisario la vio entrar no pudo ocultar su alegría porque, casualmente, pensaba citarla esa misma tarde. Se disculpó por haber sido poco amable la vez anterior y le dijo que estaba interesado en que Carmen le diera alguna información acerca del hombre que supuestamente era el tercero en el triángulo amoroso que desencadenó la inédita tragedia.

—Comisario, recuerdo haberle dicho hace unas horas que yo jamás lo he visto a él. Ni siquiera sé su nombre.

Se acordó de la petición de Aurelio y trató de desviar el tema para evitar ser imprudente:

—¿Acaso el doctor no puede describirlo o ubicarlo con más exactitud? ¿Quién podría conocerlo mejor que él!

—¡Ahí está el asunto, querida Carmen! Usted recordará que el doctor Mejías se mantuvo en silencio todo el tiempo durante su detención y parecía no importarle la atrocidad que había acabado de cometer, ¿No es cierto? Pues, la verdad es que está padeciendo una amnesia temporal provocada por el shock. Está bajo custodia policial, pero internado en una clínica psiquiátrica. En esas condiciones no podemos interrogarlo y mucho menos juzgarlo. Mientras tanto, el cuerpo de la mujer permanece en la morgue ya que no tiene

familiares registrados a quienes localizar en caso de una emergencia como esta. Por eso estoy tratando de encontrar al joven porque, considerando el estado mental y la condición de sospechoso del Dr. Mejías, él sería lo más cercano a un familiar. En resumen, la llamé porque necesito de su ayuda en este sentido.

El comisario investigador de la policía de Pueblo Nuevo era un hombre joven, no llegaba a los treinta años, pero como era una ciudad pacífica, ningún agente experimentado quería trabajar en un sitio tan aburrido. Este era su primer caso y se sentía bajo una fuerte presión:

—Cuento con 72 horas para dar un informe preliminar a mis superiores federales. El problema es que quisiera que este informe preliminar fuera tan bueno y aclaratorio como el definitivo. De esto depende mi futuro.

—Yo no sé mucho de estas cosas, pero he leído bastante...

—Mire, voy a confesarle algo: tengo mis reservas en cuanto al manejo de los resultados y la información de muchos expertos federales. Hoy en día, hay mucha corrupción y estos resultados podrían inclinarse a dictar lo que “algunos” necesitan que se certifique. No sé si me entiende. No es que yo tenga algo contra el doctor, pero él tiene excelentes abogados y me temo que el afán por inaugurar la clínica incentive a algunas personalidades influyentes a intentar darle un giro a las conclusiones para lograr una absolución. Por ejemplo, decir que él disparó en defensa propia. ¿Me entiende?

—¡Claro que lo entiendo!

—Esa es la razón por la que me interesa llevar una investigación paralela. No es que obvie del todo los informes oficiales, pero..., ¡ya le digo!

Estas palabras incentivaron el espíritu investigativo de la bibliotecaria que le respondió:

—No le prometo nada, pero tal vez mañana le pueda conseguir alguna pista.

Y no mentía. No tenía idea de cómo, pero sí estaba segura de poder llegar a la verdad. ¿Por qué el doctor querría asesinar a Lourdes si ya él estaba rehaciendo su vida? Tal vez por asuntos de bienes materiales...

Pueblo Nuevo no era una localidad muy avanzada en materia tecnológica y no era por falta de recursos ni por despropósito, todo lo contrario, al alcalde,

con la aprobación de la mayoría de los vecinos, se le había ocurrido el brillante proyecto de no permitir que la tecnología arrasara con los servicios tradicionales como el correo postal, la prensa plana, los teléfonos analógicos, así como servicios a la vieja usanza, por ejemplo, lecheros que dejaban el litro de leche en las puertas de las casas, carritos de pan recién horneado y cosas de este tipo.

La idea era que, a largo plazo, Pueblo Nuevo se convirtiera en una atracción turística para aquellas personas que sintieran el deseo de vivir alejados por unos días, de las acosadoras cámaras de vigilancias, o prescindiendo del continuo timbrar de sus teléfonos móviles. Este proyecto atraería a todas las personas que quisieran escapar de la sensación de estar localizados continuamente. Sería como el “Oasis de los Desconectados”.

La biblioteca funcionaba como el centro de información local y como fuente de conocimientos, ya que su gente solía pasar horas leyendo en el salón, aunque estaba permitido llevar libros a sus casas y luego devolverlos sin ser apremiados.

La mayoría contribuía con ejemplares leídos y que donaban a la biblioteca para el uso de todos.

Los jóvenes se divertían los fines de semanas en discotecas, en fiestas de cumpleaños, en el cine y en un gran parque de diversiones que funcionaba casi hasta el amanecer, aunque es válido decir que algunos viajaban a ciudades aledañas con la finalidad de disfrutar de las bondades de internet.

Desde luego que no estaba prohibido, pero no era permitido que entregaran sus deberes escolares impresos ni sacados de la red. Para eso estaban los libros físicos y la biblioteca.

Cuando Carmen regresó de la comisaría tomó la avenida principal para ganar tiempo porque había dejado a Aurelio al frente de la atención a los usuarios y no le gustaba abusar de la bondad del buen hombre y por eso optó tomar el autobús, miró a una joven pelirroja que pasaba conduciendo por el frente de la parada y no fue necesario que hiciera alguna señal para que la muchacha la invitara a subir al auto.

El trayecto no era tan largo, apenas tomaba unos 14 minutos con las paradas de semáforos incluidas, pero fue inevitable que aludieran al hecho que

acababa de conmocionar a todos los habitantes.

Aceptar el aventón fue una buena idea, porque la muchacha, indirectamente, le dio una información muy valiosa a la bibliotecaria:

—Si no fuera porque es un tema delicado, y no me gusta lidiar con la policía, yo les avisara a los del departamento que los dueños de la joyería que está en la esquina del edificio en el que ocurrió la tragedia tienen instaladas cámaras de vigilancia. Ellos piensan que nadie lo sabe, pero yo me di cuenta porque viajo a otros lugares los fines de semana y aunque la enmascaren en anuncios publicitarios, estoy segura de que son cámaras.

Por primera vez, Carmen puso en duda la conveniencia de no tener acceso a las nuevas técnicas que facilitaban el trabajo de la policía. No solo lo facilitaban, sino que contribuían a que la justicia no fuera aplicada por testimonios de testigos que no siempre eran exactos, bien porque cambiaban su testimonio a conveniencia, bien porque no tenían buena visión, por ejemplo. En cambio, en un video, se ven los hechos tal y como ocurren y su veracidad es incuestionable. Había leído que hasta hacía poco tiempo, los jurados no podían tomar en cuenta las pruebas aportadas cuando habían sido encontradas a través de la violación de la privacidad de las personas. Esto había derivado en que muchos criminales salieran absueltos, pero, aunque no sabía si ya era legal, alguna influencia tendría en las investigaciones.

Lo primero que le vino a la mente fue que, si en el video aparecía el doctor lanzando el peluche y tomando el arma, esto sería una prueba irrefutable de su crimen. Mataría dos pájaros de un solo tiro: aportaría más pruebas al comisario y evitaría tener que decir lo que Aurelio le había confesado en secreto.

Se reincorporó a su trabajo, y aunque ya eran las 2:00 pm se puso a adelantar algunas fichas bibliográficas. Mientras lo hacía puso su ingenio a funcionar y, una hora después, trató de probar suerte:

—Buenos tardes. ¿Podiera tener una conversación con el dueño de este comercio?

—Buenos tardes —respondió la dueña de la joyería quien, lógicamente, conocía a Carmen desde hacía tiempo, aunque nunca habían mantenido una conversación. —Lamento decirle que ya estamos cerrados, mire el horario en

la puerta.

A decir verdad, el negocio no era muy próspero. Se comentaba que más que vender, se dedicaban a empeñar todo tipo de joyas, por lo que de inmediato la propietaria rectificó:

—¿Desea ver alguna de nuestras ofertas?

—No. En verdad lo que me trae aquí es un asunto mucho más serio.

La comerciante hizo un gesto de duda con el rostro, pero le abrió el paso para que la bibliotecaria entrara al local.

—¿Y bien?

—No sé cómo empezar..., no quiero alarmarla, pero ya debe saber lo que ha ocurrido hoy.

Esta vez, la joyera hizo un mohín con los labios queriendo preguntar: “¿Y a mí qué?”

Esta señora era un poco inaccesible, pero Carmen estaba dispuesta a agotar todos los recursos:

—Bueno, si le molesta, puedo irme..., solo quería decirle que mi compañero de trabajo me ha estado comentando que durante su guardia nocturna ha visto a un individuo muy sospechoso rondando las vidrieras de este establecimiento. Es cierto que esta no es una comunidad peligrosa, pero, habiendo ocurrido el hecho que ya todos sabemos, no sería extraño que con la llegada de tantos turistas las cosas estén empezando a cambiar.

Esta vez la joyera dio muestras de inquietud. No era de muchas palabras, pero sabía comunicarse muy bien mediante sus ademanes.

Esta característica dificultaba un poco el propósito de Carmen, quien sí era de hablar de manera copiosa. Hubo unos segundos de tensión que fueron rotos por Carmen:

—Bueno, era en esencia lo que vine a decir. Ya me voy.

—¡Un momento, un momento! —reaccionó, por fin, la tática, mujer. —Pero, ¿usted lo ha visto con sus ojos o me habla de oídas?

—Claro que lo he visto también, de lo contrario no le hubiera dicho nada... —mintió otra vez Carmen.

La señora mostrando ya un franco nerviosismo, le pidió a Carmen que esperara unos minutos, luego de los cuales la invitó a pasar a un local donde

estaba instalado un sencillo sistema de vigilancia. Sin decir una palabra más, la señora encendió un televisor, accionó dos o tres botones en un control remoto y comenzaron a rodar las imágenes.

Carmen se quedó boquiabierta al ver a los transeúntes pasar de un lado a otro sin sospechar que todos sus movimientos, inclusive, los gestos más privados, estaban siendo registrados por una cámara. No estaba segura de que esto fuera una práctica ética y correcta, pero de lo que estaba segura era de que útil, sí le resultaba... ¡y mucho!

Desde el primer momento reconoció al enamorado de Lourdes, pero guardó silencio para poder ver lo más que el tiempo, y la recta señora, le permitieran. No fue difícil porque era un tipo alto, muy apuesto, y todas las veces aparecía con un regalo en las manos, algo que ya ella sabía, era su costumbre.

La dueña la apremió.

De pronto, ante una escena, el corazón le dio un vuelco: ¡El doctor iba todas las noches a visitar a Aurelio! Pero había más, una joven delgada y ágil, de cabello oscuro, lo perseguía cada noche, y se quedaba oculta entre los arbustos del pequeño jardín de la biblioteca. No pudo ver su rostro, pero no parecía del lugar. Todo apuntaba a que se trataba de la novia del doctor, tal vez celosa por las escapadas nocturnas de su maduro novio. Pudo ver que cuando el doctor se iba, ella tomaba la dirección opuesta casi corriendo, salvo la noche anterior a los hechos que entró al edificio. Esto debía saberlo el comisario.

Lo que mostraba el video era que el doctor llegaba al edificio, entraba por la puerta correspondiente a la biblioteca, hacía una estancia muy breve, tal vez unos 10 minutos, salía acompañado de Aurelio que era quien tenía la llave de la verja, este le abría y el doctor se iba. Durante estos minutos la joven permanecía entre los arbustos, pero el día anterior se había quedado detrás de la pared y, mientras Aurelio iba entrando con su paso lento, ella aprovechó y entró por la puerta contigua que era la que daba acceso a los apartamentos de la planta alta.

—¿Y? —preguntó la dueña con impaciencia.

—No. El único que reconozco como extraño es a este hombre apuesto que

pasa todas las noches...

La dueña la interrumpió:

—Si este es el “sospechoso” puede estar tranquila. Él es un cliente de esta joyería que, incluso, tiene un anillo de compromiso pendiente de recoger.

Antes de conducirla a la salida, le pidió:

—Espero que agradezca mi confianza y no comente acerca de lo que acabo de mostrarle. Como usted misma ha comprobado, en ocasiones puede ser muy útil.

“¡Qué manía la de la gente de decir siempre lo mismo!”, pensó Carmen, mientras sonreía con hipocresía.

Las palabras tajantes de la circunspecta propietaria eran un preludio de que pedir los datos del cliente que había reservado el anillo, era en vano.

Cuando Carmen se retiró, la dueña respiró profundamente aliviada, mientras Carmen caminaba con rapidez para anotar todo en su agenda y poder llevarle información útil al comisario, sin tener que referirse ni a Aurelio ni al video.

Mientras iba de regreso, Carmen empezó a sentir que Aurelio no había sido honesto del todo. Nunca le comentó que el doctor lo visitaba todas las noches y, si se lo había ocultado, era por alguna razón muy poderosa. Era del criterio que las cosas no ocurren por ocurrir. Por eso, a su regreso a la biblioteca intentó darle otra oportunidad a su compañero de trabajo para que compartiera su secreto. Lo induciría de forma indirecta:

—¡No lo vas a creer! ¡Acabo de ver al novio de Lourdes!

Aurelio reaccionó con más energía que la vez anterior:

—¡No me digas que sigues en las mismas, Carmen! ¿De qué forma debo pedirte que dejes que la policía haga su trabajo?

—No seas ingrato, Aurelio, todo esto lo estoy haciendo por ti.

—Si realmente quieres hacer algo por mí, te pido que te salgas del tema.

—Mira, para que veas que también hay buenas noticias para ti. El doctor Mejías tiene amnesia, es temporal según los médicos, pero tal vez ni recuerde lo que tú viste, y si lo recuerda, dudo que un tribunal tome muy en serio lo que declare alguien que acaba de sufrir un problema mental tan grave.

Carmen supuso que esta novedad alegraría a su amigo, pero al parecer la

noticia tuvo el efecto contrario, porque de pronto toda la sangre se fugó del rostro del apocado hombre. La palidez casi encandiló la vista de la mujer, quien, por instinto, volvió su cabeza atrás. El que se acercaba gritando a la puerta de la biblioteca era el mismo hombre corpulento y elegante que había visto en los videos de la joyería. ¡Era el novio de Lourdes! Esta vez, para no variar, blandía un pequeño estuche en la mano:

—¡Dime que no es cierto! ¡Dime que ella está viva!

Gritaba con la voz agrietada por el llanto. Se recostó a la pared y, con su cabeza entre las musculosas manos, comenzó a llorar.

Era evidente que estaba haciendo todo lo posible por autocontrolarse. Se puso de pie y se acercó a la mesa preguntando:

—¿Cómo pudo ser? ¡Cómo pudo ser? Yo que venía hoy a proponerle matrimonio —sollozaba mientras abría un pequeño estuche que contenía un caro anillo de compromiso.

—¡Todo por no tener un maldito celular! ¡Ustedes están locos todos!

Estaba fuera de sí. Tanto que le gritó a Aurelio:

—Y tú, ¿qué hiciste? ¿Acaso no eres el maldito custodio? ¡Imbécil!

Aurelio no abrió la boca para defenderse. Por suerte, eran casi las seis de la tarde y ya no había usuarios en la biblioteca. El hombre se volvió a recostar a la pared y volvió a deshacerse en fuertes aullidos de dolor y angustia.

El portero sintió una imperiosa necesidad de ir al baño, pero cuando se puso de pie, el devastado hombre entendió que lo hizo para consolarlo y, se abalanzó hacia él para abrazarlo. Aurelio le respondió el abrazo con recelo, pero el hombre lloró como un niño sobre el hombro del portero, quien a su vez se cagó literalmente en los pantalones.

Ante una escena tan vergonzosa, Carmen tomó acción, aunque estaba muy nerviosa. Había sido un largo día y amenazaba con extenderse:

—¿Tiene inconveniente en que vayamos ahora mismo a la comisaría?

—¡Por supuesto que no! Tal vez ellos me den la información que necesito.

Carmen llamó para verificar si el comisario permanecía en su oficina todavía, ya que era un poco tarde. Pero estaba.

Cuando entraron en la comisaría, la sonrisa de satisfacción del comisario no dejó lugar a dudas de la creciente admiración que estaba sintiendo por

Carmen.

Se hicieron las presentaciones de rigor y la bibliotecaria salió de la oficina antes de que el comisario se lo fuera a pedir.

El comisario no podía ocultar su emoción. Todo le estaba saliendo a pedir de boca y no negaba que se lo debía a Carmen. Era su primer interrogatorio importante y esto le causaba mucha inquietud:

—¿Dónde conoció a la señora Carmen?

—Ante todo, le ruego que me disculpen por la demora, —comenzó a explicar un poco más calmado el hombre que no lograba ocultar su devastación, aunque hacía todo lo posible. —Es que como los acontecimientos de este pueblo no salen en las redes sociales, me demoré mucho en conocer los hechos.

—Bueno, señor Arrastía, los hechos ocurrieron en la mañana. No creo que haya transcurrido mucho tiempo.

El hombre miró al comisario con cara de quien acaba de escuchar lo más absurdo de su vida:

—¡Esto es el colmo! ¿Acaso aquí nadie sabe lo que es la inmediatez? ¡Hoy por hoy, 12 horas equivalen a una eternidad!

—Mire, señor Arrastía, entiendo que usted está pasando por un momento muy difícil, pero le ruego que se calme. Ya hemos hecho todo lo que debimos hacer y le prometo que el asesino será castigado.

Arrastía acercó su silla a la mesa que se interponía entre él y el comisario:

—¿De qué asesino usted me está hablando a mí?

—¿Acaso no sabe que fue el doctor Mejías quien le disparó a Lourdes con su propia arma?

Arrastía se puso de pie. Luego de respirar profundo se volvió a sentar:

—Eso no es posible.

—Entonces ¿usted es del criterio de que él no fue?

El comisario sintió simpatía repentina hacia este señor que no le había complicado la tarea de localizarlo.

—¡Para nada! Es más, parecerá raro que sea yo quien diga esto, pero el comportamiento del exesposo de mi novia era tan correcto, que sigo pensando que hay un error. No importa si, según dicen, fue visto con el arma en la mano.

Tal vez todo se trate de un accidente y no de un homicidio. Hasta donde yo sé, él estaba muy entusiasmado con su nueva pareja. No creo que tuviera esas intenciones. Me van a disculpar, pero es lo que pienso, además, ella me habría comentado algo respecto a un acoso o conversación amenazante y no lo hizo.

Hablaba confirmando con un profundo movimiento negativo de su cabeza cada palabra que pronunciaba.

El comisario retomó su interrogatorio:

—¿Dónde estaba usted hoy entre las 6 y las 7 de la mañana?

—Le explico.

El fornido hombre rebuscó en su portafolios. Luego explicó:

—Lourdes y yo habíamos decidido irnos juntos a vivir a Nassau, una ciudad caribeña donde comenzaríamos de cero. Ella no quería que nos fuéramos sin tener la sentencia firme del divorcio que, precisamente, sería confirmada hoy. Anoche la visité y partí de inmediato al aeropuerto. El vuelo toma solo una hora y media. Durante el día hice gestiones de negocio, alojamiento y concreté algunos detalles. ¡Regresé en el segundo vuelo..., y ya ve usted! ¡Solo para encontrarme con esta espantosa e increíble situación!

Mientras el hombre hablaba iba poniendo el boleto, el pasaporte y todo lo que demostrara que realmente estuvo viajando desde la noche anterior. Datos que el comisario verificó. Todo era cierto.

—Por ahora, no creo que haya más que preguntarle, señor Arrastía. Solo recomendarle que se mantenga localizable...

—¿¡Qué saben aquí lo que es estar localizable!? —aprovechó para lanzar su crítica con desdén. —Me imagino que debo esperar que usted saque papel y lápiz para anotar mi número de celular. Aquí lo tiene. Me puede llamar a cualquier hora. Teníamos dos boletos para mañana en la mañana, pero los cancelaré. Debo ocuparme de los funerales de ella —le dolía pronunciar su nombre. Anotó toda la información acerca de la morgue y el comisario autorizó que él se encargara del cuerpo.

Carmen quiso aprovechar que había acompañado a Arrastía para hablarle al comisario acerca del video, pero se vio tentada por ver qué información podría obtener del atribulado hombre. Ambos decidieron que les haría bien caminar un poco y decidieron regresar a pie.

El desencanto de Carmen fue muy grande porque el hombre no habló con ella, solo lo escuchó decir hablándose a sí mismo: “¡Qué ignorancia, por Dios, decir que el doctor le disparó, cuando como médico tenía mil recursos para hacerlo sin levantar sospechas!”

Esta reflexión hizo que Carmen reconsiderara su criterio. Lo que Arrastía decía era muy cierto. Para romper el mutismo le preguntó:

—Tendrá un cigarrillo que me regale? Estoy muy estresada, ha sido el día más largo de mi vida y necesito fumar.

—Disculpe, pero yo no fumo. Y usted debería dejar de hacerlo por su salud. Tengo entendido que en este pueblo nadie fuma.

Carmen hizo un gesto de resignación y una cuadra más adelante se separaron.

DÍA 2

—Buenos días, Carmen.

La señora se sobresaltó porque estaba absorta en una lectura de un libro de química. Leer era la única forma de relajarse cuando sentía estrés.

—Buenos días, Blas. Me imagino cuál es la razón que lo trae tan temprano por aquí. ¡Todo ha sido terrible!

—¡Increíble! ¡Espantoso! ¡Horrible! —estaba profundamente conmocionado y ningún calificativo le bastaba—. Pero ya no hay nada que se pueda hacer...

Blas se mostraba muy afectado por lo que había acontecido en día anterior en su propiedad. Su amistad con los Mejías había sido muy estrecha, tan estrecha que había acelerado la remodelación de unos de los espacios que había sido previamente destinado a consulta, para que el doctor lo ocupara como vivienda, aunque el doctor no lo estaba ocupando todavía. Sería el director. El alcalde aplaudía el proyecto porque el hospital más cercano a Pueblo Nuevo estaba a treinta y cinco minutos en la ambulancia más veloz.

Una vez concluidos los inevitables comentarios y lamentaciones, Blas se dirigió a los dos empleados:

—Yo necesito que ustedes me ayuden a hacer una limpieza en el apartamento. Anoche las autoridades me comunicaron que ya podía entrar.

Aurelio se negó rotundamente, pero a Carmen le pareció una oportunidad valiosísima para continuar reuniendo pistas para ayudar al comisario.

Blas agregó para animarlo un poco:

—No es mucho lo que hay que hacer. El trabajo más pesado lo harán los empleados de servicios comunales, pero en cuanto a las pertenencias personales, no me gusta que vengan extraños a meter las narices y luego inventar leyendas. ¡Con suerte encontraré algún inquilino que quiera vivir aquí!

—No se preocupe, Blas. Lo ayudo con gusto.

Abrieron la vivienda y un olor hediondo golpeó sus olfatos. Esto los obligó a permanecer fuera por casi diez minutos, pero Carmen no estaba

dispuesta a dar tiempo a que Blas se arrepintiera. Entró antes que él.

—¡Atchíss! —estornudó aparatosamente Carmen. De nuevo—: ¡Atchíss!

—Déjame abrir las ventanas para que circule el aire —dijo Blas arrastrando una silla para alcanzar los cordones que articulaban el sencillo cierre de las ventanas que habían sido construidas muy cercanas al alto techo.

La razón por la que el arquitecto consideró ideal hacerlo así, es que, a la altura diseñada, era imposible que alguien pudiera mirar al interior desde el techo de la biblioteca que estaba contiguo. Era la misma pared.

Por suerte, Lourdes era una mujer muy ordenada y no había mucho que hacer, solo colocar las ropas que ya estaban dobladas en gavetas y armarios y ponerlas cuidadosamente en las cajas. De pronto escuchó una palabrota escupida por Blas, quien sin dar tiempo a más explicaciones salió a todo tren dejándola boquiabierta por su grosera reacción, porque si algo caracterizaba a Blas, eso era su decencia y comedimiento.

Inmediatamente llegaron los dos empleados que se ocuparían de llevarse el sillón, lo que haría más fácil la limpieza.

Mientras limpiaba, Carmen recogía con tristeza los cosméticos recién comprados de Lourdes. Le dolía recordar que la mujer había muerto, justo cuando sentía que empezaba a vivir.

Sobre la mesita de noche había un cofre metálico con un candado demasiado grande para el tamaño de la caja. Carmen valoró la posibilidad de que contuviera dinero o prendas valiosas, a juzgar por el tamaño desproporcionado del candado.

Conociendo el carácter de Blas, estaba segura de que él no pondría objeción en que ella se lo llevara, contuviera lo que contuviera, pero sí creyó muy prudente darle cuenta de lo que iba a hacer.

Lo iba a poner dentro de la parte vacía del armario, cuando un golpe de aire fresco y luz entró por las ventanas que hasta el momento habían permanecido cerradas. La claridad iluminó el cofre y, acto seguido, Carmen vio que el candado había sido impactado por un proyectil. No había que ser un maldito experto para concluir que la hendidura era reciente, lo decía el contraste de color del sólido metal entre la marca y el resto del candado. Era algo que debía saber el comisario, pero lo haría después que terminara su

tarea. Lo que sí iba a hacer de inmediato era llamarlo para que la esperara, pero cuando vio que el teléfono había sido arrancado literalmente del lugar, entonces se dio cuenta de que su visita a la comisaría no podía esperar.

Antes debía decirle a Blas que se ausentaría.

Cuando entró a la recepción de la biblioteca no vio a ninguno de los dos. Aurelio no estaba en su buró y no había ni rastros de Blas. Uno de los usuarios de la biblioteca adivinó, por la expresión de sus ojos, que ella intentaba localizar a alguien y usó su brazo para indicar la dirección hacia donde había visto pasar al portero en compañía de Blas.

Se encaminó al patio que estaba al final de la biblioteca.

Para llegar a él había que caminar por un pasillo que iba directo al fondo y que compartía la pared con el cómodo salón de lectura. Esta pared resguardaba la privacidad del área, de modo que quienes estaban estudiando no eran interrumpidos por quienes transitaban por el pasillo lateral.

Luego venía el almacén de libros y, al final, después de los dos baños estaba un patio sin techo que era donde se guardaban los implementos de limpieza. Cuando iba llegando al patio, escuchó la voz del pacífico Blas, quien ahora estaba más enojado que cuando había bajado. No quiso agravar las cosas con su presencia inoportuna y cuando se disponía a dar la vuelta, escuchó que Blas le decía a Aurelio:

—¡Hay que informarle a la policía cuanto antes!

—¡Por favor, se lo ruego, Blas! ¡No empeoremos las cosas para el doctor ¡Ya bastante tiene con lo que le espera! ¿Qué ganaríamos con añadirle más leña al fuego?

Blas se puso una mano en la barbilla como valorando el argumento de Aurelio:

—Nadie como yo necesita que el doctor sea inocente, pero no me gusta encubrir un crimen semejante. Lo único que puedo hacer es guardar silencio por ahora, pero que conste, si fuera necesario, no voy a pensarlo dos veces para contarlo a la policía. —Y se encaminó al pasillo para regresar al apartamento.

Carmen tuvo tiempo de esconderse en unos de los baños y dejar pasar a los dos hombres. Tenía la esperanza de escuchar algo más, pero no hablaron

nada. Solo se escuchaba un leve tamborileo nervioso que iba haciendo Aurelio con dos listones a lo largo de la pared. Salió después y cuando llegó a la recepción Aurelio se sobresaltó porque no sabía que ella estaba adentro, sin embargo, Carmen tuvo tiempo de ver que Aurelio escondía algo debajo de la mesa del escritorio.

—No te vi entrar, Carmen.

La mujer no quiso improvisar ni decir una mentira, así que decidió ignorarlo descaradamente. Eran demasiadas sus mentiras y ya no le preocupaba lo que pensara o dejara de pensar Aurelio.

—Si Blas pregunta por mí, dile que fui a la comisaría. Que regresaré antes de una hora.

—¿A la comisaría?! —casi gritó Aurelio, pero Carmen dio la espalda antes de que se le ocurriera desmayarse.

El aprecio que Carmen sentía por Aurelio se estaba desvaneciendo bajo el cúmulo eventos insospechados que había estado descubriendo en los últimos días. Tantas palideces, desmayos, mentiras y secretos hacían que no tuviera ya no buscara su compañía.

Esta vez sí tomó el autobús para llegar a la comisaría lo más rápido posible, de modo que antes de los 20 minutos ya estaba sentada frente al joven funcionario:

—Buenos días. Es asombroso que cada vez que pienso en llamarla, usted se presenta como si tuviéramos telepatía. Tenía interés en verla para ponerla al corriente de los últimos resultados de la investigación y compartir con usted lo que me dijo el señor Arrastía y que me ha dejado pensando.

El comisario le informó que el forense había certificado la muerte por paro cardiorrespiratorio, de modo que ya las investigaciones habían concluido.

Leyó un fragmento del informe que decía: “el impacto de bala recibido por la señora Lourdes había resulta compatible con el originado por un proyectil que ha sufrido una desviación de trayectoria por rebote. La deformación que presentaba el proyectil extraído del hombro de la occisa, no resulta compatible con el impacto directo sobre el cuerpo, sino con el impacto sobre una superficie ajena a éste, en forma previa, lateralizada y de una dureza

considerable. Se detectó presencia de residuos metálicos incrustados en diversos sectores del proyectil.” Por esta razón, pensé en llamarla para felicitarla y agradecerle todo su aporte desde el primer momento.

La bibliotecaria no respondió en principio. Luego de unos segundos le dijo al comisario:

—No tengo la menor duda de que esas conclusiones sean ciertas, lo que también es cierto es que ese infarto fue provocado de manera intencional. No quiero señalar a nadie directamente, pero provocar un paro respiratorio a alguien que padece un tipo de asma tan severa como la de la difunta Lourdes, no debe ser difícil para quien tenga amplio dominio de anatomía y medicina.

El comisario se quedó pensativo. Su mayor interés como profesional era llevar una carrera impecable, era el mejor regalo que le haría a su abuela que lo crio y había fallecido antes de que él se graduara en la Academia de Policía. Tenía una foto de su viejita sobre el escritorio. Algo le decía que Carmen lo estaba ayudando a que su primer caso saliera por la puerta ancha.

—¿Qué idea tiene usted? ¿Hay algo que no me ha dicho?

—Sí, hay algo que no le he dicho y precisamente para eso vine a verlo.

Y empezó a contarle la comprometedor conversación que sostuvieron Blas y Aurelio.

—Por razones que ahora no puedo revelar, hay otras personas que podrían haber cometido el crimen, me refiero exactamente a la novia del doctor, que entró al edificio la noche anterior y nadie sabe a qué hora salió; o el mismo Aurelio en complicidad con el doctor.

Es sabido que la bibliotecaria tenía la facilidad de exponer todas sus ideas de forma lineal, de modo que no fue necesario que el joven investigador hiciera alguna pregunta. Continuó:

—Supongo que usted se esté preguntando si yo sería capaz de delatar a mi mejor amigo, y la respuesta es “Sí”. Si Aurelio fue capaz de facilitar la muerte de Lourdes, no lo pensaría dos veces para aportar todas las pruebas necesarias para que reciba un castigo severo. Nuestra amistad fue fundada sobre la base de valores morales correctos y si fue capaz de cometer semejante barbaridad, entonces no era la persona que me hizo creer. Sigo sin entender por qué el doctor tenía que visitarlo todas las noches si hacía seis

meses que había dejado de vivir en el edificio.

—Le agradezco su interés, pero si no me explica en qué basa sus planteamientos, no puedo hacer nada. A ver si me entiende, yo puedo darle crédito a lo que usted me está planteando, pero solo a nivel personal, como funcionario debo presentar hechos concretos para poder solicitar autorizaciones de arrestos, registros e, incluso, hasta para interrogar a un ciudadano hay que tener permiso del fiscal.

Carmen no sabía esto. No quería referirse a lo del candado del cofre hasta tanto no viera lo que contenía, pero que el teléfono fuera desconectado de una casa habitada, que las ventanas hubieran sido clausuradas para evitar que se abrieran en caso de necesitar pedir ayuda, eran muestras más que suficientes de que hubo intencionalidad.

El comisario hizo un gesto de aprobación.

Un intenso estrés se había adueñado de la mente de Carmen, solo que ella no lo había descubierto. El choque emocional con quien fuera su único amigo le estaba ocasionando un desorden mental que provocaba que las ideas se confundieran en su cerebro, era como si el dolor por esta ruptura insospechada no fuera más que un pretexto psicológico que servía de telón para que no emergieran otros razonamientos muchos más sustanciales, coherentes y lógicos que su subconsciente le gritaba a viva voz. Estos razonamientos llegaban a su raciocinio, pero se escondían detrás de su inquietud por la traición de Aurelio.

Regresó a la biblioteca y terminó su trabajo sin hablar con su compañero de trabajo. Luego fue a su casa, se bañó, cenó y fue a buscar un cerrajero para que abriera el candado.

Lo que encontró la paralizó. No concilió el sueño en toda la madrugada y, por primera vez desde la muerte de Lourdes, se deshizo en llanto.

DÍA 3

Ver que todos los medicamentos prescritos para combatir cualquier ataque repentino de asma habían sido encerrados dentro de un cofre e intencionalmente dejados a la vista de la desdichada mujer, sumado a los efectos de la vigilia, el sobreesfuerzo mental y aquellas extrañas ideas que, cual paciente esquizofrénica, le hablaban continuamente, hicieron que Carmen quisiera quedarse en su casa. No quería ver la cara de Aurelio, ni la de Blas, ni la del comisario ¡Ni la de nadie!

Quería dormir, pero temía que las voces regresaran. Tomó una decisión crucial: iría a la joyería y pediría una copia del video. Ya no le importaba la actitud hostil de la joyera, si tenía que chantajearla lo haría sin la más leve sombra de escrúpulo moral. Quería ver si la joven del pelo largo no había salido en toda la noche de la casa.

Serían las 10:00 am cuando tocó el timbre de la joyería:

—¿De nuevo usted por aquí? —fue el recibimiento que le dio la comerciante.

—Así es. Ya debe suponer a lo que vine.

—Sí. Supongo que quiere ver el video nuevamente.

—No exactamente. Vengo a llevarme una copia.

El tono usado por Carmen para dirigirse a la mujer no dejó duda en la dueña de la joyería, de que esta vez estaba decidida a no irse sin el video, ya que sin hacer mucha resistencia respondió le dijo que sí, y, por si fuera poco, hasta le facilitó un pen drive para copiar la grabación. Le dio las gracias y regresó directamente a su casa.

Cuando llegó ni siquiera almorzó, solo se puso su pijama y se sentó tranquilamente a ver el video con cuidado. Lo hizo correr una y otra vez. Lo adelantaba, lo atrasaba, pero sentía que su mente no estaba conectada a lo que estaba mirando, es decir, tenía la sensación de que su razonamiento pasaba por un tercer punto antes de asimilar lo que aparecía en las imágenes.

De repente, vio algo que hizo que un calambre recorriera todo su cuerpo:

La muchacha que perseguía al doctor, era la misma persona que le había comentado lo de las cámaras en la joyería. ¡Sí, era la misma!, y la reconoció por un incidente del que no se percató la primera vez: estando escondida entre los pequeños arbustos, una rama enganchó la oscura peluca dejando al descubierto por fracciones de segundos la franja delantera de su brillante pelo rojo.

¿Por qué ella misma había propiciado que alguien supiera que ese video existía?

¿Cómo la joyera adivinó cuál de las cámaras ella necesitaba ver, si el sistema tenía cuatro lentes?

Algo importante querían revelar, pero ¿qué era?

Luego de más de dos horas analizando escena por escena, levantó el teléfono y llamó a la comisaría:

—Comisario, espero haber llamado a tiempo. Ya tengo a la persona culpable de la muerte de Lourdes.

—Pero...

—Confíe en mí, por favor. No se va a arrepentir.

—Le sugiero que venga urgente, por favor. En esta ciudad no hay mucha tecnología, pero estos temas no se tratan por teléfono. La espero.”

Antes de salir puso el cofre en el bolso. El cofre no era muy grande y pesaba poco, se aseguró de haber puesto la memoria en su cartera de mano. El comisario la estaba esperando con mucha ansiedad.

Una vez sentados frente a frente, Carmen no esperó la primera pregunta:

—Comisario, son las 6: 20 de la tarde. Debe traer a Aurelio a como dé lugar.”

—Ya le he dicho que si no...

No pudo terminar de hablar porque, en ese instante, un guardia le avisó de que alguien quería hablar con él. Aurelio se había entregado por su propia voluntad.

Considerando el importante rol que Carmen había tenido en el giro que repentinamente había dado el caso y de manera excepcional, el comisario permitió que ella presenciara la confesión de Aurelio quien ya no actuaba como el gordito temeroso, sino que mostraba un tono enérgico y hasta viril,

aunque con señales de una angustia insuperable:

—Buenas tardes, comisario. Buenas tardes, Carmen. No voy a andar con rodeos. Siempre he dicho que las personas deben asumir la responsabilidad de lo que hacen. La verdad es que lo decía porque siempre he actuado con apego a lo correcto, pero las personas deben ser consecuentes con lo que predicán. Aquí estoy para entregarme.

Sin más, comenzó su relato:

—Como podrá constatar por nuestros documentos de identificación, Orestes Arrastía y yo somos hermanos. Sí, él es aquel hermano que me obligó a escapar de mi pueblito natal hace 25 años. Carmen pidió un vaso de agua. ¡Cuántos secretos más le había escondido el hombre del ella creía saber todo!

Aurelio esperó que ella se hubiera repuesto para proseguir:

—Todo comenzó hace unos siete meses cuando recibí una llamada de él anunciando que me visitaría, ya que estaba arrepentido de todo lo que había hecho en mi infancia, que nuestra madre quería morir en paz conmigo y una de las cosas que quería antes de dejar este mundo, era que nos reconciliáramos.

No le creí del todo, pero siempre soñé con que un día él viniera a mí pidiéndome perdón y la vanidad me cegó. Esta vanidad me hizo creer que lo estaba haciendo honestamente, aunque es cierto que se comportó adecuadamente conmigo.

Su trato era respetuoso y amable. Nadie sabía que era mi hermano, salvo una persona: Lourdes, la misma que me trajo a esta ciudad a los 14 años.

Él fue su primer hombre y juntos vivieron una intensa historia de amor, pero él siempre fue un hombre muy atractivo para las mujeres y le era infiel continuamente. Nunca la maltrató físicamente, pero sí devastó su autoestima al punto que ella, enamorada como estaba, entendió que la única manera de recuperar la dignidad y dejar de sufrir era si no lo volvía a ver en toda su vida. Como ella me protegía desde niño, en cuanto se hubo instalado aquí me pidió que viniera.

Acordamos guardar el secreto para que Orestes no pudiera establecer una conexión porque es un hombre excesivamente inteligente. Nunca dejó de buscar a Lourdes, hasta que, un día, por casualidad, el doctor tuvo que atender a una paciente que nos conocía de la infancia y vino aquí. La paciente sin

saber que estaba cometiendo un grave error se lo dijo a mi hermano.

—El día que regresó me pidió que lo dejara dormir en mi habitación solo por dos días, ya que solo había venido a cumplir con la voluntad de mi madre y yo no me negué teniendo en cuenta todo lo anterior y que, además, él mostraba signos de un verdadero arrepentimiento.

Me suplicó que no le dijera nada a Lourdes para no causarle inquietud, que él no tenía interés en volver con ella, que ya había rehecho su vida con una preciosa joven que lo amaba. Como es natural, si algo yo deseaba con todas las fuerzas de mi alma, era la felicidad de quien había sido una madre para mí.

Los ojos de Carmen se llenaron de lágrimas y sintió un impulso muy grande de abrazar a su amigo, pero se contuvo.

—El primer día hizo algo espantoso: aprovechó mi ausencia para instalar una diminuta cámara en la ventana del cuarto de los Mejías y pudo tomar un sinnúmero de fotos del doctor cuando estaba acostado, desnudo o, simplemente, haciendo el amor con Lourdes. Con estas fotos en su poder, no le resultó difícil crear fotomontajes en los que el doctor aparecía en posturas realmente íntimas y comprometedoras. Para lograr una edición perfecta, convenció a su mujer, para que posara de tal forma que su postura encajara perfectamente con las fotos y las instantáneas del doctor.

La mentira que usó para convencer a su joven pareja fue que utilizaría las fotos como medio de extorsión para obligar al doctor a negociar la creación de la clínica, a cambio de que él abriera una empresa de telecomunicaciones que ofrecería todo tipo de servicios al usuario final, desde telefonía tradicional o móvil hasta servicios en la nube, video bajo demanda, venta de equipos y accesorios electrónicos, en fin. que serían millonarios antes de un año. Ella no tenía la menor sospecha de quién era Lourdes en realidad.

El día de la muerte de Lourdes, yo fui a dar mi ronda matutina diaria y encontré esta nota por debajo de la puerta.

Buscó la nota que tenía en el bolsillo de la camisa. Decía: “Aurelio, alguien ha pasado el seguro por fuera. En cuanto leas esta nota, por favor, llama a Germán o llama a los bomberos. Si muero, dile que lo amo. Te quiero mucho, hijo mío”.

Hizo una pausa para besar el pedazo de papel y apretarlo cerca de su

pecho, como si esto le diera fuerzas para perder el miedo y afrontar la vida de manera valiente:

Ella nunca supo que él había estado aquí. Tal como había prometido, al segundo día se fue y no supe más de él. Dos meses después, yo mismo recibí el sobre con las fotos y se lo entregué a Lourdes, pero, por supuesto que no tenía la menor de lo que se contenía. Comenzaron los problemas, llegó el divorcio y uno de los días en que Lourdes estaba haciendo una gestión notarial en la ciudad del Cerro, él fingió un encuentro casual. Conversaron, y quedaron como amigos, solo eso.

—Disculpe la interrupción, pero quiero ser puntual en esto, ¿usted me está diciendo que él no era la pareja de Lourdes?

—Exactamente.

—Pero algo sentía ella por él, porque hasta Carmen aseguró que su cambio en el último mes fue brutal.

—Sí, pero no era a causa de mi hermano.

Carmen se avergonzó de haber hecho semejante afirmación y recordó las palabras de Lourdes: “¡Me siento tan feliz como cuando Germán y yo nos conocimos!”

—Fue porque Lourdes se había dado cuenta de que su esposo, desde su separación, solo estaba dedicado a su trabajo y al proyecto de la clínica. Entonces, decidieron juntos buscar a alguien que supiera del tema de informática y todas estas nuevas cosas de la tecnología digital para probar la falsedad de las imágenes. En menos de una hora, el experto desmontó las fotos y hasta les demostró que los lugares en los que aparecía la pareja, habían sido tomados de internet.

—¡La tecnología es un demonio!

—No diga eso comisario, gracias a la tecnología, es que podemos ver el video que les mostraré y que corrobora todo lo que Aurelio está diciendo.

—¡Perfecto! Pero creo que Aurelio no ha concluido su relato y estoy pasmado.

Aurelio continuó:

El día anterior a la fatalidad, mi hermano me pidió que le dijera a Lourdes que quería despedirse de ella porque se iría a vivir a Las Bahamas. Ella, que

estaba pletórica de felicidad porque había recuperado a su esposo y lo amaba intensamente, en un gesto amable y como demostración de olvido del pasado, aceptó. Al fin y al cabo, eran amigos y él no había mostrado el menor disgusto por la reconciliación de ella con su esposo, solo quería despedirse y desearle que fueran felices...

—... y el regalo fue un enorme oso de peluche impregnado en formaldehído o metanal.

Antes de que el comisario hiciera la pregunta, Carmen se adelantó:

—Eso lo leí en un libro de química ayer. No crea que lo sabía desde antes. Yo pude sentir un olor extraño, pero conocido, enmascarado en un perfume caro.

Como una de las escenas del video me había despertado la sospecha de que el señor Arrastía rociaba algo en el gran oso de peluche, lo olí y traté de investigar acerca de los olores más alérgenos y encontré que este es un químico que en ciertas dosis podría ser tolerable para una persona normal, pero mortal para cualquier asmático. Causando una irritación en las vías respiratorias que muy difícil de aliviar si no se cuenta con atención médica urgente. Solo bastaría con realizar las pruebas de laboratorio al oso para confirmarlo, por fortuna lo recogí del césped por simple curiosidad. Noté el fuerte olor acre, pero pensé que se trataba de algún fertilizante de los que se usan para avivar el césped.

El comisario creyó que era momento para felicitarla:

—Debo reconocer que usted ha puesto mucho esmero en el esclarecimiento de los hechos. Estoy valorando reconocerla públicamente, una vez que hayan concluido todas las investigaciones.

Carmen se sonrojó, no quiso admitirlo, pero en el fondo las palabras del funcionario la enorgullecieron.

Miró a Aurelio con cara de felicidad y este le devolvió una sonrisa amable. Era evidente que habían hechos las paces y, para dejarlo claro, él retomó su testimonio con las siguientes palabras:

—Antes de seguir, quiero explicar que yo ignoraba todos estos acontecimientos que estaban ocurriendo a mi alrededor, o sea, yo estaba enfrascado en la unión de los Mejías, lo necesitaba porque esa ruptura influía

en mi mapa emocional. Los quería ver juntos y esto, Orestes lo sabía muy bien. Es un hombre capaz de estudiar hasta el estado mental de las personas para usarlo en función de sus malvados planes. Aprovechó este entusiasmo para hacerme una llamada usando una aplicación (repito exactamente las palabras de su mujer, porque para mí “aplicación” sigue siendo la acción y efecto de aplicar una cosa en otra), capaz de imitar la voz de una persona. Tal vez en otras circunstancias yo hubiera percibido alguna diferencia, pero al ignorar todas estas posibilidades que ofrece la tecnología y estando mi ánimo predispuesto para saber que al día siguiente el matrimonio estaría junto, fue fácil que yo creyera que era el doctor quien me pedía que clausurara las ventanas por fuera e instalara el teléfono en el apartamento nuevo, el que ocuparían una vez que regresaran a la mañana siguiente de haber oficializado la anulación de la demanda de divorcio. Habría una fiesta sorpresa y la prensa había sido invitada. No comenté nada con mis compañeros para no estropear la sorpresa. El cambio favorable que había dado Lourdes se debía a esto y no a Orestes como él mismo se encargó de divulgar. No tengo cómo probar que recibí esa llamada, pero creo que es suficiente con el hecho de que ella lo hubiera aprobado. Robarse la llave y pasar doble cierre por fuera, no debió ser difícil para él...

—...o para su cómplice que entró al edificio más tarde.

El comisario no salía de su asombro. Nunca imaginó que tendría que lidiar con personas de pensamiento tan maquiavélico como el del señor Orestes Arrastía:

—¡Es impresionante todo lo que me cuentan! Aunque debo tratar de probar todos y cada uno de estos elementos, pero tengo dos dudas todavía y necesito aclararlas para poder hacer un informe cabal, es decir, responder todas las preguntas que me harán mis superiores. Como quiera que sea este nuevo giro los hará verse como incompetentes porque revelaría que hicieron un dictamen basado solo en circunstancias superficiales. Inclusive, sin dar tiempo a las declaraciones imprescindibles del doctor. Por estas razones es que tengo dos dudas, una de ellas es personal, pero la otra será una de las preguntas que me harán para echar por tierra esta teoría.

Tanto Aurelio como Carmen pusieron atención porque lo que estaba

diciendo el comisario era vital. La primera pregunta era para Carmen y la segunda, para los dos:

—Primero, ¿cómo sospechaste que Arrastía era el asesino? Segundo, ¿cómo él adivinaría que el doctor llegaría a primera hora y usaría un arma? ¿O existe una aplicación digital para eso? —añadió tratando de relajar un poco el ambiente.

Antes de responder, Carmen le pidió al comisario ver el video entre todos.

Una vez que comenzaron a rodar las escenas, la bibliotecaria se puso de pie para poder estar cerca de la pantalla y explicar mejor sus conclusiones:

—Muchas veces, nuestro subconsciente nos envía señales que nos negamos a decodificar. No las enfrentamos por miedo a destapar todo lo que se esconde detrás, preferimos autoengañarnos y camuflarlas en la opinión colectiva.

Desde que vi abrazados a Aurelio y a Arrastía, me di cuenta de que el vínculo entre ellos era más fuerte que el de dos personas que solo se habían visto un par de meses. Tal vez pude haberle preguntado y haber conocido toda la historia que nos acaba de contar, pero no lo hice, preferí pensar que eran imaginaciones mías, porque me tendría que referir a un hombre a quien yo no conocía y que me hizo sentir temor. El segundo indicio me llegó cuando sin saber por qué, le pedí un cigarro a Arrastía después de haber estado aquí en la comisaría. Me respondió que no fumaba, pero yo lo había visto en el video detenerse a encender un cigarrillo, como podrán ver ustedes aquí.

Detuvo la cinta y todos vieron a Arrastía encendiendo un cigarrillo justo debajo de la cámara.

—Cuando tuve el video en mis manos, por un momento me sentí una persona excepcionalmente afortunada. Esta sensación era tan intensa que mi corazón latía con fuerza. A mi mente venía con insistencia una frase cargada de vanidad: “¡La verdad es que soy una suertuda! ¡Mira que encontrarme a esa joven que sabía lo de la cámara y me lo dijo! A mí, precisamente a mí que acababa de salir de la comisaría.” Al no tener quién me respondiera la pregunta, mi subconsciente aprovechó para inducirme otra pregunta lógica: ¿No será que está en tus manos porque alguien necesita que lo esté? ¿Por qué la dueña de la joyería correría el riesgo de mostrármelo para luego pedirme

que no lo comente? ¿Por qué Arrastía se detenía siempre en el campo visual de la cámara? Simple: “porque él sabe de la existencia de estas.”

Y empecé a estudiar todas sus apariciones. En todas había un elemento común: siempre tenía un pretexto para detenerse justo en un lugar que la cámara pudiera captar, ya fuera acordonarse un zapato a pesar de llevar puestos mocasines sin cordones hasta la que me indicó que mis sospechas eran ciertas y es que a todos nos traiciona el subconsciente y él no fue la excepción, siendo un hombre adicto a la tecnología, por instinto fingió hablar por su celular cuando en Pueblo Nuevo no hay cobertura para hacerlo, la torre más cercana dista a 25 kilómetros lo menos. Cuando me di cuenta de que la muchacha que supuestamente perseguía al doctor era la misma que aparecía en el video, supe que debía existir un vínculo entre ellos, pero mi parte consciente insistía en llevar mi atención hacia las visitas nocturnas que el doctor hacía a Aurelio.

—Ahora bien, aquí me salta una duda muy grande. Si la joven pelirroja era cómplice de Arrastía, ¿por qué ella sugerirte que accedieras al video que podría inculparla?

—Precisamente esa era la intención. Ella aparece y mantiene una actitud altamente sospechosa, mediante movimientos que llaman la atención del más ingenuo. Mientras que a él se le ve como a un enamorado que solo vive para halagar a su supuesta novia.

—Y de paso, alimentar el mito de que era su pareja cuando en realidad no lo era. ¡Que quede claro! Muchas de las veces que iba, solo llevaba una caja vacía y la dejaba en la escalera, luego yo mismo o alguno de los albañiles que estaban terminando la reparación del apartamento que estrenaría el matrimonio las echaba en la basura.

—Quién sabe si lo hizo con el propósito de enviarle los videos al doctor y decirle que Lourdes le estaba siendo infiel...

—No lo creo. En última instancia, la intención pudo ser despistar por si las cosas no salían bien, por ejemplo, hacer que la joven apareciera como culpable. En este caso se podía alegar que quien llevó a cabo el crimen había sido ella motivada por los celos. Una culpable que nunca iba a ser encontrada, sencillamente porque no existe.

El comisario pidió que le explicara esta parte nuevamente porque no había entendido tan bien como para repetir el razonamiento a sus superiores. Carmen repitió:

—En caso de que Lourdes no muriera esa mañana, con seguridad haría una denuncia. Tal como hizo usted, señor comisario, serían llamados a declarar todas las personas que la rodeaban a ella, y el principal sospechoso sería Arrastía porque fue el último en visitarla, ¿no es cierto?

Carmen no esperó por la respuesta del joven y continuó hablando:

—Como es un hombre al que no se le puede negar su astucia, encontraría una forma de hacer llegar el video a la policía que se volvería loca tratando de encontrar a una novia del doctor que nunca existió. ¿Ya me entendió?

El comisario sonrió para decir que sí. Aurelio quiso añadir un dato clave para la comprensión de la secuencia de los hechos:

—Pero a pesar de toda su inteligencia, no fue capaz de prever que una “aplicación” que él nunca practicó llamada lealtad, le podía hacer saber a su mujer la verdadera causa de su regreso a esta ciudad. Cuando ella lo comprobó, se dio cuenta de que había sido manipulada por Orestes, y decidió, en venganza, que la joyera le entregara una copia a Carmen, con la certeza de que, si ella no se percataba de estas particularidades que lo inculpaban, ni la policía se tomaba el tiempo de investigar a fondo, ella misma enviaría un anónimo para demostrar que Arrastía era el culpable, ya que se siente utilizada, humillada y engañada. Ella tenía la convicción de ser millonaria antes de un año, pero no la critico por eso.

Todos estaban pasmados y tomaban un vaso de agua tras otro. La bibliotecaria retomó la palabra:

—Para terminar, le respondo la segunda pregunta. ¿Se acuerda de que Arrastía puso mucho esmero en que exoneraran al doctor de toda responsabilidad? Correcto. Él nunca quiso que el doctor fuera culpado. Sabía que esto conllevaría a una serie de investigaciones que darían con la verdad, exactamente como ocurrió.

El comisario pidió su sexto vaso de agua en lo que iba de conversación.

—¡Válgame Dios! ¿Cómo hacer para atrapar a ese bandido antes de que huya?

—Conociendo sus costumbres, creo que, si usted solicita a una unidad de policía de una ciudad aledaña o a la federal, ellos podrán localizarlo por el GPS, él está usando el mismo teléfono que le dejó anotado. Lo hace así para hacerles pensar a todos que no tiene nada que ocultar. Subestima demasiado a los demás, pero está atrapado por su mejor aliada ¡La tecnología, comisario, la tecnología!

Por primera vez en muchos años, Aurelio soltó una carcajada. Por fin, el hombre que le había robado la felicidad en su niñez, y no contento con esto, le había estropeado su felicidad de adulto al quitarle la vida a la única persona que lo cuidó desde niño, iba a pagar en carne propia tanto daño injustificado.

La policía federal no demoró mucho en ubicarlo, Arrastía estaba en el cementerio de su ciudad natal dándole cristiana sepultura a la única mujer que había amado en toda su vida y a la que terminó segándole la vida.

Cuando la policía lo esposó, el oficial a cargo del operativo le susurró al oído: la inteligencia artificial, aún no ha superado a la humana.

También fue detenida su pelirroja mujer, que lo había perseguido y lloraba escondida llorando detrás de una tumba cercana, escuchando como él aullaba de dolor sobre el ataúd y repetía:

—¡Llévame contigo, Lourdes de mi alma! Toda una vida tratando de encontrarte, pero ya eso terminó. Ahora sabré dónde estás durante el resto de mi vida.

FIN

EPÍLOGO

Una semana después de la detención de Arrastía, el doctor fue dado de alta. Sus declaraciones a la prensa y a la policía corroboraron la mayor parte de las conclusiones a la que había arribado la hábil bibliotecaria:

—Recibí la llamada de Aurelio cerca de las 6:30 de la mañana. Me trasladé lo más rápido que pude, aunque conociendo la agresividad del asma que padecía Lourdes, sabía que tendría pocas probabilidades de encontrarla con vida, pero me equivocaba, era como si estuviera esperando verme para despedirse de mí. Al saber que contaba con un tiempo mínimo para salvarla, lo primero que hice fue buscar los medicamentos que siempre le garanticé, aun en los meses que estuvimos separados, pero nunca imaginé que alguien tuviera la crueldad de hacer lo que hizo este hombre a quién me niego a nombrar.

En fracciones de segundos pude identificar el olor a medicamentos, algo que para otros sería imperceptible. Al ver que el candado era potente, lo único a lo que atiné fue a bajar corriendo, tomar mi revólver y tratar de romper la cerradura del candado porque lo había visto en películas toda la vida, pero la bala rebotó y creí que yo la había matado.

Arrastía fue condenado a 25 años de prisión, más otros cargos que su novia pelirroja confesó a cambio de beneficios penitenciarios, ya que ella fue acusada de homicidio involuntario al haber cerrado la puerta por fuera. Su abogado explicó que Orestes le había pedido que lo hiciera para que Lourdes lo llamara y extorsionarlo personalmente de modo que no quedaran rastros de llamadas telefónicas ni nada con lo que probar el delito. Como esto nunca fue cierto, la sanción consistió en trabajar durante cinco años en la atención de animales en la granja de autoabastecimiento de Pueblo Nuevo. La joyera tuvo que pagar una multa enorme, pero se demostró que lo hizo por dinero, pero que estaba ajena a todo el plan verdadero.

La clínica fue inaugurada y bautizada con el nombre de “Lourdes Mejías”.

La función de los objetos varía de acuerdo a quien los use, en este caso el arma iba a salvar una vida, mientras que la muerte se le adelantó disfrazada en

un osito del amor.

Q